V

Ved lo que ha perdido Turquía:

Primeramente, la inmunidad del territorio formado de Estados yuxtapuestos y sin cimentar. El cimiento de las naciones es una idea común. Los pueblos no pueden adherirse entre sí si no hablan una misma lengua, cuyas palabras circulen como la moneda del espíritu de todos poseída alternativamente por cada uno. Ahora bien; lo que hace circular la lengua, lo que imprime una efigie á las palabras, lo que crea el común pensar, es, ante todo, el arte, la poesía, la literatura, *humaniores litteræ*. Ni arte ni letras en Turquía; así, pues, carencia de lengua circulante de pueblo en pueblo, ninguna idea común, ninguna unidad. Aquí hablábase latín, allá griego, allá eslavo, más lejos árabe, persa ó hindú. No era un imperio, sino un bloque tallado por el sable, un compuesto híbrido de naciones que se tocaban, pero que no se compenetraban. Añádase á esto algunos desiertos, obra unas veces de la conquista, otras del clima, inmensas soledades que la savia social no podía atravesar.

En segundo lugar, el despotismo del príncipe. El sultán era conjuntamente pontífice y emperador, soberano temporal y soberano espiritual, jefe político, jefe militar y jefe religioso. Sus súbditos le pertenecían, en bienes, cuerpo y alma, de un modo absoluto y terrible, como cosa suya y más que cosa suya. Podía condenarles en la tierra y en el cielo. Como sul-

tán, poseía su vida; como señor de creyentes, poseía su alma. ¡Ay del individuo que es al propio tiempo ordinario como hombre y extraordinario como príncipe! El exceso de poder es perjudicial al hombre. Ser sacerdote, ser rey, ser dios, es demasiado. El confuso zumbido de todas las voluntades despertadas que demandan ser satisfechas á la vez, ensordece el pobre cerebro del que lo puede todo, aturde su inteligencia, descompone la generación de su pensamiento y le vuelve loco. Podría decirse y demostrarse, con las pruebas en la mano, que la mayor parte de los emperadores romanos y de los sultanes han permanecido en una situación cerebral particular. Hay que admitir, sin duda, y la historia registra á intervalos el admirable accidente de un déspota ilustre, inteligente y superior; pero en general y casi siempre el sultán es vulgar. De ahí desórdenes sin cuento; la espantosa oscilación de una voluntad suprema en el Estado que choca con todo y lo rompe todo. El despotismo, útil, expeditivo, inspirador, á veces necesario para los hombres de genio, llena de pavor y perturba al hombre mediocre. El vino de los fuertes es el veneno de los débiles.

En tercer lugar, las revoluciones de serrallo, las conspiraciones de palacio; el déspota estrangulando á sus hermanos, los hermanos envenenando ó asesinando al déspota; la desconfianza del padre por el hijo y del hijo por el padre, la sospecha en el hogar, el odio en la alcoba; las enfermedades desconocidas, las fiebres sospechosas, las muertes obscuras; el eterno complot de los grandes, siempre colocados entre un ascenso sin término y una caída sin fondo; la sublevación y el hervor de los pequeños, siempre desdichados, siempre irritados; el terror en la familia imperial, el temblor en el imperio; hechos graves, tristes y permanentes, que manan del despotismo.

En cuarto lugar, un mal gobierno, á un tiempo duro y flojo, que nace vacilante de aquel déspota que no piensa jamás, y de aquel palacio que tiembla siempre; poder incoherente, superpuesto á un Estado sin unidad. Las poblaciones de ese imperio semibárbaro permanecen en la obscuridad; de sí mismas y de las demás, de sus intereses, de su porvenir, poco distinguen y saben; el gobierno, que debería guiarlas y que á veces lo intenta, lo ignora casi todo y desconoce el resto. Ahora bien; para los gobiernos, lo mismo que para los individuos, desconocer es peor que ignorar. ¿A dónde irá esa nación fuerte, poderosa, exuberante, temible, pero ignorante? ¿Quién la dirige y á dónde la dirigen? Va á tientas y ve apenas lo que se le presenta; su gobierno aun ve menos. ¡Extraño espectáculo! Un miope conducido por un ciego.

En quinto lugar, la servidumbre puesta como una albarda sobre el pueblo. Bajo la dominación turca, el labrador no se pertenecía; pertenecía á un propietario. Había un primer ganado, el rebaño, y un segundo ganado, el campesino. De ahí la despoblación en todas partes, punto de verdadera cultura, un surco detestado por el labrador. La propiedad y la libertad hacen que el hombre ame la tierra; la servidumbre se la hace odiar. El corazón se oprime al estudiar ese estado; lo mismo que se examine desde arriba ó que se le mire desde abajo, los dos extremos se parecen por la miseria intelectual. ¿Qué llegará á ser la sociedad humana entre un príncipe que el despotismo atonta y un campesino que la esclavitud embrutece?

En sexto lugar, el abuso de las colonias militares. Los timariotas eran colonos soldados. Es un error que padecían los turcos al creer que de este modo se rehacía la población. El procedimiento carece de finalidad. Una aldea que es un regimiento, deja de ser aldea. Un regimiento está siempre cortado en cuadro; una aldea debe escoger su lugar, germinar en él naturalmente y crecer al sol. Una aldea es un árbol, un regimiento es un poste. Para hacer al soldado se mata al campesino. Ahora bien; para la vida interior y profunda de los imperios, vale más un campesino que un soldado.

En séptimo lugar, la opresión de los países conquistados; una lengua bárbara impuesta á los vencidos; una noble nación, ilustre, histórica, grande en los recuerdos y las simpatías de Europa, un tiempo libre, un tiempo republicana, diezmada, extirpada, entregada al sable y al látigo, aplastada en el hombre, en la mujer y hasta en el niño, desarraigada de su propio suelo, trasplantada lejos, arrojada al viento, pisoteada. Esos excesos del pueblo vencedor sobre el pueblo vencido, son acompañados de gritos de horror, y acaban por sublevar toda la tierra. Cuando suena por fin la hora, los pueblos oprimidos se levantan, y el mundo se levanta á su lado.

En octavo lugar, la religión sin la inteligencia, la fe sin la reflexión, es decir, la idolatría; un pueblo devoto sin percepción directa de lo bello, de lo justo y de lo verdadero, que sólo tiene en la cabeza los dos ojos bizcos y falsos de su creencia, el hombre, el fatalismo, á través del cual ve á Dios.

Así, pues, un gran territorio mal trabado, un gobierno ininteligente, las conspiraciones de palacio, el abuso de las colonias militares, la servidumbre del campesino, la feroz opresión del país conquistado, el despotismo en el príncipe, el fanatismo del pueblo; he aquí lo que ha perdido á Turquía. ¡Piénselo Rusia!

Ved lo que ha perdido á España:

En primer lugar, la manera como estaba poseído el suelo. En España, todo lo que no pertenecía al rey, pertenecía á la Iglesia ó á la aristocracia. El clero español era, permítasenos esta palabra severamente

evangélica, escandalosamente rico. El arzobispo de Toledo, del tiempo de Felipe III, tenía doscientos mil ducados de renta, lo que representa hoy unos cinco millones de francos. La abadesa de las Huelgas de Burgos era señora de veinticuatro villas y de cincuenta pueblos, y poseía la colación de doce encomiendas. El clero, sin contar los diezmos y las prebendas, poseía un tercio del suelo; la grandeza poseía el resto. Los dominios de los grandes de España eran casi pequeños reinos. Los reyes de Francia desterraban á un duque ó á un par en sus tierras; los reyes de España desterraban á un grande *en sus estados*. Los señores españoles eran los mayores propietarios, los más grandes cultivadores y los más grandes pastores del reino. En 1617, el marqués de Gibraleón poseía un rebaño de ochocientos mil carneros. De ahí provincias enteras, Castilla la Vieja, por ejemplo, dejadas sin cultivo y abandonadas al vano pastoreo. Sin duda la pequeña propiedad y la pequeña cultura ofrecen sus inconvenientes, pero ofrecen también admirables ventajas. Atan el pueblo al suelo, individuo por individuo. En cada surco, por decirlo así, queda remachado un eslabón invisible que une el propietario á la sociedad. El hombre ama á la patria á través del campo. Que se posea un rincón de tierra ó la mitad de una provincia, se posee, y está dicho todo; esa es la gran obra. Ahora bien; cuando la Iglesia y la aristocracia lo poseen todo, el pueblo no posee nada; cuando el pueblo nada posee, nada le importa. A la primera sacudida deja caer el Estado.

En segundo lugar, la profunda miseria de las clases inferiores. Cuando todo está arriba, nada queda abajo. El campo es de los señores, y de consiguiente el trigo, y de consiguiente el pan. Ellos vendían el pan al pueblo y se lo vendían caro. Falta horrible que cometen siempre todas las aristocracias. De ahí hambres artificiales. En los propios tiempos de Carlos V, en los inviernos rigurosos, los pobres se morían de frío y de hambre en las calles de Madrid. Así, pues, profunda miseria, profundo rencor. El hambre abre un agujero en el corazón del pueblo y pone en él el odio. Cuando llega el día, ábrense todos los pechos, y brota de ellos una revolución. Esperando que las revoluciones estallen, se organiza el robo. Los ladrones poseían Madrid. Fuera forman una banda; en Madrid formaban una corporación. Todo viajero prudente capitulaba con ellos, les contaba anticipadamente en los gastos de su viaje y les destinaba su parte. Nadie salía de su casa sin llevarse la bolsa de los ladrones. Durante la menor edad de Carlos II, bajo el ministerio del segundo Don Juan de Austria, el corregidor de Madrid dirigía una solicitud á la regente para suplicarle que alejara de la villa el regimiento de Ultonia, cuyos soldados, al llegar la noche, ayudaban á los bandidos á desbalijar á los ciudadanos.

En tercer lugar, la manera como eran poseídos y administrados los países conquistados y los dominios de ultramar. Para todo el Nuevo Mundo no había más que dos gobernadores, el virrey del Perú y el virrey de Méjico; y aquellos dos gobernadores eran malos en general. Representantes de España, la calumniaban con sus exacciones y la hacían odiosa. Sólo mostraban á aquellos pueblos lejanos dos faces, la codicia y la crueldad, saqueando la hacienda y oprimiendo al hombre. Destruían á los príncipes naturales del país y exterminaban á las poblaciones indígenas. En cuanto á los virreinatos de Europa, había un proverbio italiano. Aquí lo tenéis; dice enérgicamente lo que era la dominación española: *El oficial de Sicilia roe, el oficial de Nápoles come, el oficial de Milán devora*.

En cuarto lugar, la intolerancia religiosa. Tal vez

hablemos más adelante de la Inquisición. Digamos solamente aquí que los obispos tenían un peso inmenso en España. Clases enteras de hijos del reino, herejes y judíos, estaban fuera de la ley. Todo clero pobre es evangélico, todo clero rico es mundano, sensual, político y, por consiguiente, intolerante. Su posición es codiciada, necesita defenderse, y le hace falta un arma, y la intolerancia lo es. Con esa arma hiere la razón humana y mata la ley divina.

En quinto lugar, la enormidad de la deuda pública. Por rica que fuese España, sus cargas la empeñaban. Los derroches de la corte, los grandes gajes de los dignatarios, los beneficios eclesiásticos, la úlcera que aumentaba incesantemente de la miseria popular, la guerra de los Países Bajos, las guerras de América y Asia, la carestía de la política secreta, el sostenimiento de los apoyos ocultos que tenía en todas partes, el trabajo subterráneo de la intriga universal, que había que pagar y sustentar en el mundo entero, esas mil causas agotaban á España. Las cajas estaban siempre vacías. Esperábase el galeón, y, como escribía el mariscal de Tessé, *si alguna tempestad lo hunde ó si algún enemigo se lo lleva, todo es desesperación.* Bajo Felipe III, el marqués de Espínola veíase obligado á pagar con su dinero al ejército de los Países Bajos. Hace dos siglos, la Europa, bajo el punto de vista financiero, se parecía á una familia mal administrada; las monarquías eran el hijo pródigo, las repúblicas eran el usurero. Es la eterna historia del noble pidiendo prestado al comerciante. Ya hemos visto que la Suiza vendía sus ejércitos; la Holanda, Venecia y Génova vendían dinero. De este modo un príncipe compraba á los trece cantones un ejército completo, los cantones entregaban el ejército á día fijo, y Venecia lo pagaba; luego, cuando precisaba reembolsar á Venecia, el príncipe daba una provincia; alguna vez

pasaba á su poder todo el Estado. España pedía prestado á todas partes y debía á todo el mundo. En 1600, el rey católico debía, únicamente á Génova, diez y seis millones de oro.

En sexto lugar, una nación vecina, una nación hermana, por decirlo así, que había vivido aparte largo tiempo, que había tenido sus príncipes y sus señores particulares, invadida el mejor día por sorpresa, casi á traición, y reunida violentamente á la monarquía central, convertida de reino en provincia y tratada como país conquistado.

En séptimo lugar, la calidad del armamento en España. El armamento de tierra era poca cosa, comparado con el armamento de mar. La potencia española descansaba principalmente en su flota. Era depender de una ráfaga de viento. La suerte de la armada es la historia de España. Una ráfaga, ora se llame tromba, como en Europa, ora tifón, como en China, es de todos los tiempos. ¡Ay de la potencia contra la cual sople el viento!

En octavo lugar, la dispersión de su territorio. Las vastas posesiones de España, diseminadas en todos los mares y en todos los rincones de la tierra, no tenían ninguna adherencia con ella. Algunas, las Indias, por ejemplo, estaban á cuatro mil leguas de ella, y, como hemos dicho, no se unían á la metrópoli más que por los surcos de sus barcos. ¿Y qué es el surco de un barco? Un hilo. ¿Y cuánto tiempo creéis que pueda poseerse un mundo atado con un hilo?

El año pasado encontramos, entre no sé qué polvo, un libro viejo que nadie lee hoy y que tal vez nadie leyó al aparecer. Es un tomo en cuarto intitulado *Discurso de la monarquía de España*, publicado sin nombre de autor, en 1617, en París, en casa de Pedro Chevalier, calle de Saint-Jacques, á la muestra de San Pedro, junto á los Maturinos. Abrimos aquel

libro al azar, y topamos, en la página 152, con este pasaje que transcribimos textualmente: «Algunos creen que esta monarquía no puede ser de larga duración á causa de que sus tierras están tan separadas y esparcidas, que hay que hacer increíbles gastos para enviar á todas partes buques y hombres, y asimismo que los que son nativos de los países lejanos pueden al fin darse cuenta del escaso número de españoles, envalentonarse y ligarse contra ellos y arrojarlos.» En 1617, época en que Europa temblaba ante España, en el apogeo de la monarquía castellana, un desconocido se atrevía á escribir é imprimir esa loca profecía. Esa loca profecía era el porvenir. Doscientos años más tarde se realizaba en todos sus detalles, y actualmente cada palabra del anónimo de 1617 se ha convertido en un hecho; las *tierras esparcidas* han producido los *increíbles gastos*, la metrópoli se ha agotado *en hombres y buques, los nativos de los países lejanos* se han dado *cuenta del escaso número* de españoles, se han *envalentonado*, se han *ligado contra ellos* y los han *arrojado*. Podría decirse que el Mesías Bolívar está predicho aquí de cuerpo entero. Hace dos siglos toda la América era un grupo de colonias; actualmente, reacción sorprendente, toda la América, excluyo el Brasil, es un grupo de repúblicas.

De modo que, una rica aristocracia que poseía el suelo y vendía el pan al pueblo; el clero opulento, preponderante y fanático, colocando fuera de la ley á clases enteras de regnícolas; la intolerancia episcopal; la miseria del pueblo; la enormidad de la deuda; la mala administración de los virreyes lejanos; una nación hermana tratada como país conquistado; la fragilidad de una potencia completamente marítima asentada en las olas del Océano; la diseminación del territorio en todos los puntos del globo; la ninguna

adherencia de las posesiones con la metrópoli; la tendencia de las colonias á convertirse en naciones, esto es lo que ha perdido á España. ¡Medítelo bien Inglaterra!

En fin, para resumir lo que es común al imperio otomano y á la monarquía española, el egoísmo, un egoísmo implacable y profundo—¡cosa extraña, egoísmo y no unidad!—, una política inmoral, violenta aquí, astuta allá, haciendo traición á las alianzas para servir á los intereses; ser, el uno, el espíritu militar sin las cualidades caballerescas que hacen del soldado el sostén de la sociabilidad; ser, el otro, el espíritu mercantil sin la inteligente probidad que hace del comerciante el lazo de los estados; representar, como hemos dicho, el primero, la barbarie; el segundo, la corrupción; en una palabra, ser, el uno, la guerra; el otro, el comercio; no ser ni uno ni otro la civilización, he aquí lo que ha hecho caer á los dos colosos de otro tiempo. Aviso á los colosos de hoy.

VI

Antes de seguir adelante, tenemos necesidad de declarar que esto no es más que un frío y grave estudio de historia. El que ha escrito estas líneas comprende los odios de pueblo á pueblo, las antipatías de razas, las cegueras de las nacionalidades; las excusa, pero no las comparte. Nada de lo que acaba de leerse, nada de lo que va á leerse aún, contiene una reprobación que pueda recaer sobre los pueblos mismos á que se refiere el autor. Este reconviene á veces á los gobiernos, jamás á las naciones. En general, las naciones son lo que deben ser; la raíz del bien está en ellas, Dios la desarrolla y hace que dé fruto. Los cuatro pueblos mismos cuya pintura hemos trazado aquí prestarán grandes servicios á la civilización el día en que acepten como finalidad suya especial la finalidad común á la humanidad. España es ilustre, Inglaterra es grande; Rusia y hasta Turquía encierran algunos de los mejores gérmenes del porvenir.

También nos creemos en el deber de declarar, en la profunda independencia de nuestro espíritu, que no extendemos hasta los príncipes lo que decimos de los gobiernos. Nada tan fácil hoy como insultar á los reyes. El insulto á los reyes es una lisonja dirigida á otra parte. Ahora bien, lisonjear á quienquiera de este modo, ya sea alto, ya sea bajo, es una idea que el que habla no tiene necesidad de alejar de sí; se siente libre, es libre, puesto que se reconoce la fuerza de elogiar cuando la ocasión se presenta á quien-

quiera que le parezca elogiable, aunque fuese un rey. Y lo dice altamente y con plena convicción; jamás, y esto prueba la excelencia de nuestro siglo, jamás, en ningún tiempo, cualquiera que sea la época de la historia que se quiera comparar con la nuestra, los príncipes y los pueblos han valido lo que valen actualmente.

No se busque, pues, en el examen histórico á que se entrega aquí ninguna aplicación que pueda mortificar ni el honor de los reyes ni la dignidad de las naciones; no hay ninguna. Es, ante todo, un trabajo filosófico y especulativo. Se trata de hechos generales, nada más. El autor no tiene hiel ninguna en el alma. Espera cándidamente el sereno porvenir de la humanidad. Tiene esperanza en los príncipes; tiene fe en los pueblos.